

De todo hay en la viña...

Laura E. Asturias

Diario *Siglo Veintiuno* (Guatemala), 13-X-2001

...Y qué bien. Porque si toda la gente fuera igualita, menudo aburrimiento andaríamos arrastrando. Lo mismo con las opiniones. Imagine usted que no existiera esta columna y cada sábado le tocara leer aquí una página dedicada casi enteramente a cosas del reino de los cielos.

De todo hay en esta viña, la de la Tierra, y a mí la diversidad me llena de pimienta la vida. Mis jueves siguen siendo un reto: hay tanto de qué escribir que casi nunca sé cuál sería el mejor tema para el próximo artículo. Pero el público es siempre una rica fuente de inspiración y no me defraudó tampoco esta pasada semana.

Previsiblemente, mi columna del 6 de octubre* iba a despertar reacciones encendidas. Es algo que anticipa cualquiera que expone la yugular escribiendo sobre temas que casi nadie quiere tocar, ni siquiera con látex. Pero lo novedoso es que sea tan poca la gente que saca la navaja para proceder al corte. De hecho, en esta semana recibí tantos mensajes positivos por esa columna, que los otros tres me entretuvieron sólo unos minutos. Aun así, dado que llegaron sin mordaza, quiero compartir algunas partes, resguardando identidades.

Un arquitecto leyó aquel artículo con mucha tristeza; dice que pedirá perdón para mí por el daño que ocasiono a la iglesia católica con (según él) mis “mentiras y calumnias” y espera que me retracte de tan fuerte agravio. ¡Vaya, vaya! ¿Yo debo pedir perdón por exponer una vez más casos documentados, de mala gana reconocidos por el Vaticano, de sacerdotes que han embarazado a monjas y otras mujeres y las han obligado a abortar? ¿Y por señalar esas hipocresías?

Luego una señora, amiga del arquitecto, discurrió, entre otras cosas, sobre las madres solteras y me dio cátedra sobre el tipo de artículos que yo debería escribir. Aunque más tarde una amiga mía que la conoce me contó que a esa lectora la abandonó su esposo y una hija suya quedó embarazada a los 15 años (lo cual pone en seria duda su discurso), le agradecí que quiera orar por mi alma. También ella, porque el arquitecto, tras recibir mi respuesta, dijo que rezaría mucho más por mí, viendo lo perdida que estoy. En fin, qué se va a hacer. Mujer soy, no monedita de oro.

Al igual que esa señora, otra lectora me mandó a dar gracias de que mi madre no me haya abortado, así como a pensar, estudiar, prepararme, leer e informarme. Bien, yo diría que estoy, ya rozando los 45 años, lista para empezar a vivir: con tres plumazos adquiero mayoría de edad, tengo ahora todas las recetas necesarias y hay gente orando por mí. Aleluya.

Entre los mensajes amables, me impactó uno extenso y testimonial, de un padre católico, divorciado, quien admite que su esposa lo abandonó pues dejó de amarlo y ahora él, como un verdadero padre, ama, cuida y apoya a la niña que tuvieron. Se pregunta qué hace una persona cuando, luego de haber buscado mantener el tradicional núcleo familiar, su pareja pone pies en polvorosa.

Por encabezar yo misma una de las numerosas familias que, según la jerarquía católica, no constituimos tal núcleo, como a ese hombre me indigna no sólo el ser etiquetada antojadizamente, sino que una denominación religiosa que irrespeta la laicidad del Estado pretenda influir en las políticas públicas para que éste no nos reconozca legalmente como familias.

¿Dónde quedan entonces los primerísimos artículos de nuestra Constitución, según los cuales el Estado de Guatemala se organiza para proteger a la persona y a la familia, y es su deber garantizarles vida, libertad, justicia, seguridad, paz y desarrollo integral? ¿No debería el Estado protegernos también contra ésos que quieren negarnos lo básico?

De todo hay en la viña, también en la del Señor. Y dado que es de imaginar que la inmensa mayoría de madres y padres solteros pertenece a la comunidad católica, bien haría ésta, me parece, en defender esos principios constitucionales que no riñen con los valores que la rigen.

* “¿Con qué autoridad habla el prelado?”, *Diario Siglo Veintiuno*, 6-X-2001